

Presentación del Volumen I. Europa oriental

Hace ya bastantes años, en 1986, terminé mis estudios de Filología Española en la Universidad Autónoma de Madrid sin tener nada claro, como imagino que le sucede a la mayoría de licenciados, cuál sería el trabajo al que estaba a punto de dedicarle mi vida. Unos meses después, me ofrecieron una plaza de lector de español en el *Taasisi ya Kiswahili na Lugha za Kigeni* (el instituto de Kiswahili y lenguas extranjeras) en Zanzíbar, Tanzania. Allí comencé una carrera como profesor de español que me llevaría a trabajar, hasta este momento, en cuatro continentes y ocho países.

Después de dos años en el *Taasisi*, me trasladé a El Cairo donde trabajé, también como lector, en una universidad de la capital egipcia. Desde entonces he dado clases de español a extranjeros y organizado cursos como jefe de estudios del Instituto Cervantes en diferentes países (España, Marruecos, Reino Unido, Siria, Polonia y, ahora, los Estados Unidos de América). Os cuento todo esto para poner en perspectiva y para ilustrar tanto el largo camino que hemos recorrido en el campo de la enseñanza del español desde los años ochenta del pasado siglo, como la inmensa utilidad que tienen trabajos como el que tenéis en vuestras manos.

Cuando llegué a Zanzíbar lo hice solo equipado con el manual más moderno del mercado de entonces: *Para empezar*, del Equipo Pragma (un amigo que daba clases en la EOI me lo recomendó, acababa de salir y demostraba que el mundo de ELE estaba empezando a andar). Una vez allí me encontré con una realidad para la que no estaba en absoluto preparado: un centro sin fotocopiadora, sin libros, sin currículo... y unos alumnos de los que desconocía todo: su lengua, su cultura, su historia... Fui el primer profesor de español del centro y, además de mi ejemplar de *Para empezar*, solo contaba con un libro para enseñar español donado al *Taasisi* por el gobierno cubano. En 1986 empecé con diez alumnos, cuando me marché en 1988 quedaron veinte estudiantes en dos cursos, una alta motivación y ganas de seguir aprendiendo (el hecho de que la fonética del swahili y el español fueran parecidas ayudó a dar la impresión de que, en contraste con las otras lenguas que se enseñaban –árabe, inglés, francés y portugués–era una lengua que permitía un aprendizaje relativamente rápido).

La situación en Egipto fue algo diferente: en El Cairo había un centro cultural español que llevaba años dando clases, varios departamentos de español en las tres universidades de la ciudad y una comunidad con una larga tradición en el aprendizaje y enseñanza del español. La poca información que yo tenía antes de comenzar mi trabajo allí, la recopilé principalmente gracias a conocidos

(tuve una estrecha relación con mis compañeros de Filología Árabe durante la carrera). Además, como lectores de español, nos pedían desde el Ministerio de Asuntos Exteriores, que en esa época se encargaba de gestionar los lectorados, que preparáramos un pequeño informe que ayudara a nuestros sucesores, pero este dependía de la buena voluntad del lector y carecía de pautas que los estandarizasen.

En los dos casos anteriores, me enfrenté a un trabajo del que desconocía casi todo su contexto: qué tipo de enseñanza habían recibido antes los estudiantes, por qué estudiaban español, qué posibilidades había de practicar la lengua fuera del aula, qué dificultades podía plantearles el aprendizaje... ¡Ni siquiera sabía con qué medios contaban los centros en los que iba a trabajar!

Ya en el año 1994 entré a trabajar en el Instituto Cervantes de Casablanca y, con la llegada de esta institución, empezaron a mejorar las cosas. Muy pronto fuimos conscientes de la importancia que tenía para nuestra labor un análisis minucioso del entorno. Los equipos docentes de los centros empezaron, con el constante apoyo y la dirección académica, a realizar cuidadosos informes sobre los contextos en los que trabajamos. El principal objetivo era ayudarnos a poder tomar decisiones curriculares y pedagógicas basadas en una mejor comprensión de las circunstancias que nos rodeaban y no tanto en nuestra intuición como docentes. Este trabajo se hacía para nuestro uso interno y no estaba destinado a otro público que a las plantillas académicas del Cervantes.

Poco después se empezaron a crear otro tipo de informes, recogidos en volúmenes con el título de *Anuario del español* que pretendía, en palabras de su entonces director, Santiago de Mora-Figueroa, "delimitar con exactitud la imagen real de la dimensión, el peso y la utilización actuales del español en el mundo". Nació, además, con el deseo de "convertirse, en el futuro, en un instrumento esencial para todas las personas e instituciones relacionadas directamente con el español, que habrán de encontrar en las sucesivas ediciones del informe una colección de imágenes actualizadas de la situación de nuestra lengua en los múltiples escenarios de su existencia cotidiana". Estos anuarios venían a completar, de alguna manera, lo hecho en los centros, aunque tenían un enfoque más académico y, quizás, menos relacionado con nuestra labor diaria.

De esta manera se ha ido pintando una parte del cuadro del estado del español en el mundo, pero quedaba mucho por hacer. Los profesionales de la enseñanza de esta lengua que ejercemos nuestra labor fuera de España necesitamos poder conocer con más exactitud el estado de salud de su enseñanza, cuántos alumnos lo estudian, qué recursos cuenta cada país, de qué tradición educativa parten, qué intereses les mueven principalmente a estudiar nuestra lengua y un largo etcétera de factores que influyen directamente en nuestro trabajo y que necesitamos comprender para poder ejercerlo de la manera más satisfactoria posible.

Este Atlas, nacido de manos de dos brillantes profesoras llenas de fuerza y energía: Mar Galindo y María Méndez, surge con el afán de ofrecer ese tan necesitado mapa de la enseñanza del español. Para ello han contado, y es uno de sus importantes logros, con una amplia red de profesorado; red que se ha ido tupiendo en estos últimos años a lo largo del mundo y que ha ido aportando, desde su experiencia de primera mano, los datos necesarios para confeccionar este mapa. Se trata pues de un brillante ejemplo de cómo el conocimiento compartido puede ayudarnos a crecer como profesionales.

De esta manera todos los que nos dedicamos a la enseñanza de nuestro idioma podremos llegar mucho mejor preparados de lo que lo hicimos la generación precedente a sus nuevos centros de trabajo. Se trata sin duda de un documento que abrirá muchas puertas y hará nuestra labor mucho más completa. Así, cuando a un profesor le ofrezcan un puesto en Zanzíbar o El Cairo, por poner un ejemplo, podrá realizar un trabajo mucho más sólido del que pude hacer yo.

Fernando López Murcia

Antiguo jefe de estudios de los Institutos Cervantes de Mánchester, Damasco, Cracovia y Nueva York y actual coordinador del programa de español del Languages and Communications Programme en la ONU